

## Las siguientes oleadas: la globalización de la migración internacional

LA BRECHA norte-sur –las diferencias en expectativa de vida, demografía, estructura económica, condiciones sociales y estabilidad política entre las democracias industriales y la mayor parte del resto del mundo– aparece como una barrera importante para la creación de una sociedad global pacífica y próspera. La migración internacional es consecuencia de primer orden de la brecha entre el norte y el sur. No obstante, el mundo simplemente ya no puede continuar dividido entre naciones ricas y pobres. Mucho antes del fin de la Guerra Fría, habían surgido nuevos polos de poder financiero, industrial y tecnológico en los ricos estados petroleros árabes y en Asia oriental. Las áreas de producción petrolera fuera de la región árabe, como Nigeria, Venezuela y Brunei, se han convertido también en áreas de inmigración. Una amplia gama de industrias atrae a los trabajadores migrantes: agricultura, construcción, manufactura, servicios domésticos y otras. Desorden económico y social, inseguridad política, gobierno autoritario y atraso tecnológico generan condiciones para la emigración.

El énfasis de este capítulo se hace en las tendencias actuales de la migración internacional hacia, desde y dentro de las regiones árabe, africana y latinoamericana. El siguiente capítulo trata la región del Asia-Pacífico, que es el hogar de más de la mitad de la población mundial. Las siguientes oleadas de migrantes provendrán de estas áreas. Gran parte de la migración internacional continuará siendo intrarregional, pero muchos querrán ir también a Europa, Australia o América del norte. Comprender la migración al interior del sur es una condición previa esencial para formular las políticas futuras de los países desarrollados.

### La región árabe

Utilizamos el término “la región árabe” para incluir no sólo los países árabes del norte de África y el oeste asiático, sino también los estados no árabes de Turquía, Irán e Israel. Se refiere a un área geográfica más que a una política o

étnica y no es del todo satisfactorio, pero parece mejor que las alternativas posibles: el término “oriente medio” es eurocéntrico, excluye el norte de África; el término “Asia occidental” excluye también el norte de África.

El área que se extiende desde las playas del Atlántico en Marruecos, hasta las fronteras occidentales de Afganistán y Pakistán, encierra una enorme diversidad. Dentro de esta área hay cuatro subsistemas clave de mano de obra migrante: la emigración desde el litoral mediterráneo hacia Europa occidental, la laboral árabe hacia los estados petroleros, la que se dirige hacia los estados árabes no petroleros, y la migración proveniente del sur y el este asiáticos hacia los estados petroleros. Los tres primeros movimientos se tratarán aquí, mientras que la migración asiática hacia los estados petroleros se discutirá en el capítulo 6. También hay grandes flujos de refugiados, en especial hacia Irán y Turquía y una migración masiva para establecerse en Israel. En su conjunto, la situación de los migrantes en la región árabe se caracteriza por una extraordinaria falta de respeto de los derechos básicos. Prevalece la migración forzada que se encuentra vinculada con el fracaso de los sistemas políticos (Shami, 1994: 2).

No existe un vínculo causal directo entre el rápido crecimiento de la población y la migración internacional (Kritz, 2001). Sin embargo, la faja que va de Marruecos a Turquía es una de las áreas demográficamente más fértiles en el mundo. Hay un enorme crecimiento poblacional y la mayor parte es gente joven. Áreas como Beirut, Gaza y el bajo valle del Nilo están muy densamente pobladas. La densidad de la población más la brecha entre la creación de nuevos empleos y la llegada de nuevas cohortes al mercado de trabajo impulsan la emigración. En la cercanía existen tierras desérticas poco pobladas y zonas de rápido crecimiento económico, que han sido posibles sólo a través del reclutamiento masivo de mano de obra extranjera. Un reporte del año 2002 del Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas sobre los estados árabes, hacía notar que el ingreso promedio de los ciudadanos era el 14 por ciento del ingreso promedio en el área de la OCEDE. Vinculaba el anémico crecimiento económico de las dos décadas precedentes, un promedio de 0.5 por ciento, con los gobiernos autoritarios. La mitad de los jóvenes árabes expresó deseos de emigrar (*The Wall Street Journal*, 8 de julio de 2002: A22).

### **El norte de África y Turquía: ¿es aún la reserva de mano de obra de Europa occidental?**

Para el año 2002, Marruecos y Turquía tenían las más grandes poblaciones de expatriados en la Unión Europea, con dos y tres millones, respectivamente, de sus ciudadanos residiendo como nacionales de un tercer país (Belguendouz, 2001: 4;

OCDE, 2001: 253). Grandes comunidades marroquíes vivían en Italia, España y Holanda además de Francia, donde un poco más de 500,000 marroquíes residían en 1999 (Lebon, 2000: 11). La gran mayoría de los argelinos y tunecinos, 500,000 y 150,000, respectivamente, vivía en Francia. La herencia colonial conformaba todos los flujos del norte de África, pero de manera menos plena en el caso marroquí.

La mayor dispersión de la población marroquí estaba vinculada con la decisión francesa en 1974, de una suspensión relativa del reclutamiento sucesivo de mano de obra extranjera. En 1973, Argelia suspendió de manera unilateral la emigración posterior de sus ciudadanos en busca de empleo en Francia, tras una ola de violencia contra los árabes. Repentinamente privados del acceso legal al mercado de trabajo francés, a excepción de un pequeño contingente de trabajadores temporales, los marroquíes buscaron empleo en Italia y España. La inmigración magrebí relacionada con la reunificación familiar continuó hacia Francia, cuando un esfuerzo del gobierno francés por detener la reunificación familiar sucesiva fue derrotado por una decisión legal.

Las tensiones franco-argelinas por la inmigración se intensificaron durante la presidencia de Valéry Giscard d'Estaing (1974-1981), quien intentó negar la renovación de las autorizaciones de residencia y empleo a varios cientos de miles de argelinos. En este contexto, el Presidente argelino, Houari Boumedienne, declaró que nada podría detener el movimiento de personas desde lugares como Argelia hacia Europa, en el norte. Su advertencia reforzó los temores franceses de una migración incontrolable desde el sur, que más tarde se ampliaron a través de libros como el tan influyente de Jean Raspail, *The Camp of the Saints*, y de películas como *The March* (Zolberg y Benda, 2001: 1-15). El Presidente argelino murió luego inesperadamente; Argelia pronto comenzó su larga caída en la guerra civil, conflicto que cobró 120,000 vidas entre 1991 y 2001 (Spencer, 2002: 44).

Pero la visión apocalíptica de Boumedienne no resultó profética. La elección del presidente Mitterand y los socialistas, en 1981, acabó con las tensiones franco-argelinas, cuando el gobierno francés abandonó sus esfuerzos por inducir la repatriación argelina por medio de la no renovación de los permisos. Una década más tarde, la intensificación de la guerra civil en Argelia encontró al gobierno francés preparándose para un inmenso flujo de llegada de argelinos. Pero pocos lograron salir de Argelia a pesar de los deseos de muchos de ellos por hacerlo, en particular de los jóvenes.

Francia restringió severamente la expedición de visas para los argelinos, lo cual hizo difícil que salieran incluso cuando tenían familiares residiendo en Francia. Marruecos y Túnez cerraron sus fronteras con Argelia para evitar la difusión del conflicto; tuvieron bastante éxito en ello. Algunos argelinos lograron

y solicitaron asilo en Europa occidental o Norteamérica, pero fueron la excepción, no la regla. Cuando se considera, junto con la evidencia relacionada con la temida *Völkserwanderung* proveniente de Europa del este después de 1989, que tampoco se materializó en la escala temida, la evolución de la emigración argelina en los años noventa va contra la afirmación categórica de que los estados no pueden regular la migración internacional. Si ello fuera cierto, se habría dado mucha más emigración argelina.

La migración sí tuvo un papel que desempeñar en la guerra civil, cuando los afganis, voluntarios argelinos que lucharon contra las tropas soviéticas y sus aliados en Afganistán durante los años ochenta, regresaron a Argelia al principio de la evacuación soviética. Contribuyeron de manera importante a la intensificación de las hostilidades hacia 1990 (A. Miller, 2002: 75). Y, como se considera en detalle en el capítulo 10, la lucha en Argelia se pasó a Francia a mediados de los noventa. Muchos argelinos y otros norafricanos fueron arrestados por sospecha de vinculación con Al-Qaeda u otras organizaciones radicales musulmanas en la época posterior al 11 de septiembre del año 2001. Pero conformaban una pequeña minoría de la población con origen en el norte de África dentro del área transatlántica.

En diciembre del año 2001, Argelia firmó un acuerdo con la Unión Europea (UE), siguiendo el ejemplo de Marruecos y Túnez (Mohsen-Finan, 2002: 94). Los acuerdos de libre comercio reclaman el movimiento libre de bienes, servicios, firmas y capital, por lo que adoptan ciertas reglas de competencia para la UE. Cómo afectará la relación cambiante con la UE a los movimientos de población, es algo que aún no se aclara. El prospecto de corto a mediano plazo era que los acuerdos intensificarían la emigración norafricana (White, 1999: 839-854).

Aunque en el año 2000 el nivel de violencia disminuyó en Argelia, continuaron los enormes problemas políticos y socioeconómicos. El 30 por ciento de la población económicamente activa estaba desempleada, así como lo estaba el 60 por ciento de los argelinos por debajo de los 30 años de edad (Mohsen-Finan, 2002: 28). La legitimidad democrática del presidente Bouteflika estaba en duda y las fuerzas armadas permanecían como las dominantes en el gobierno. Una iniciativa regional originada en 1995 en Barcelona, España, había alcanzado resultados modestos. En general, la historia de la cooperación internacional en asuntos migratorios, cuando se le contempla desde una perspectiva norafricana, para 1990 era ya bastante negativa (Boudahrain, 1991). Poco ha cambiado una década más tarde, a no ser por un reconocimiento más amplio de que las cuestiones de la migración norafricana afectaron de manera importante la seguridad del oeste del Mediterráneo y la trasatlántica.

La concesión de sociedad con la UE fue parte de una estrategia de la UE para estabilizar el oeste del Mediterráneo y reducir los movimientos de población hacia la UE. Túnez, Argelia y Marruecos se vieron presionados a cooperar. Argelia cumplió elevando su vigilancia en la larga y porosa frontera limítrofe con Libia y Nigeria. Los migrantes del África subsahariana viajaban a través de Nigeria hacia Libia buscando transitar hacia Europa a través de Argelia y Marruecos. Otros continuaban hacia Europa desde Libia. Las dimensiones de estos movimientos son desconocidas pero bastante grandes y han tenido como consecuencia muchas muertes cuando los migrantes africanos han perecido en los vastos desiertos. En el año 2001, en uno de esos incidentes cerca de Dirkou al norte de Nigeria, murieron cuando menos 23 migrantes, pero la cifra puede haber sido mucho mayor (Bensaâd, 2002: 15). Muchos otros africanos subsaharianos y norafricanos han muerto en el mar intentando llegar a Europa. En el año 2001, la Asociación de Trabajadores Marroquíes Inmigrantes en España calculaba que, en los cinco años anteriores, la cifra de migrantes muertos al intentar cruzar el estrecho de Gibraltar, tan sólo de nacionalidad marroquí, llegaba casi a 4,000 (Belguendouz, 2001: 5).

Una medida de las dimensiones de los flujos provenientes del sur del Sahara hacia Marruecos, puede intuirse a través de las estadísticas de vigilancia de la inmigración publicadas por las autoridades marroquíes por primera vez en 1999. En 1995 se detuvieron 444 africanos subsaharianos al intentar migrar ilegalmente. En el año 2000 fueron 10,000. En su conjunto, los servicios marroquíes de seguridad arrestaron a 19,037 personas que intentaban emigrar ilegalmente en 1999, y 25,613 en el año 2000. En los primeros ocho meses del 2001, fueron arrestadas un total de 20,995 personas, de las cuales 11,716 eran marroquíes (Belguendouz, 2001: 14).

Las relaciones marroquíes con España y la UE se deterioraron después de la firma del convenio de asociación. Los desacuerdos respecto a los movimientos poblacionales ocupaban un lugar central, aunque también había disputas respecto a los derechos de pesca, la antigua porción española del Sahara y la posesión española de una pequeña isla frente a la costa de Marruecos. Como Marruecos había cooperado durante largo tiempo con Francia y la UE para la regulación de la migración internacional, las tensiones relacionadas con ésta eran muy significativas. Durante mucho tiempo los marroquíes y los africanos subsaharianos transitaban a través de España hacia diversos puntos en Europa, sobre todo Francia, antes de 1973 y posteriormente Italia. Pero la adhesión de España al acuerdo de Schengen en 1991, llevó a la imposición de visas para los ciudadanos marroquíes. Este desarrollo coincidió, en términos generales, con las primeras pateras que transportaban migrantes hacia España (Belguendouz, 2001: 12).

Los marroquíes fueron los beneficiarios principales de las políticas de legalización en España, pero un nuevo gobierno español conservador declaró que ya no legalizaría extranjeros. El plan de los jefes de gobierno y de Estado y la UE, aprobado en la cumbre de Tampera en 1999, que tenía el apoyo de España, irritó a las autoridades marroquíes (Belguendouz, 2001: 7). En vez de convocar al diálogo, el gobierno español se puso en contacto con el embajador marroquí en el año 2001 para quejarse de la migración ilegal y la insuficiencia de los esfuerzos de Marruecos por evitarla. Posteriormente, éste repatrió a su embajador.

El plan de la UE esperaba que Marruecos impusiera la obligación de utilizar visa a los estados subsaharianos donde ésta no era obligatoria. Marruecos objetó que esto afectaría en forma adversa sus relaciones con esos estados, y por tanto, su posición con respecto al Sahara español, que se anexó unilateralmente en dos etapas en 1976 y 1978. Además, debería firmar acuerdos de readmisión con los estados africanos para facilitar la repatriación de los migrantes africanos detenidos ahí. No obstante, España y Marruecos firmaron un acuerdo en el año 2001, similar a los acuerdos firmados entre España, Colombia y Ecuador, para autorizar el reclutamiento de 10,000 a 20,000 trabajadores marroquíes por año (Belguendouz, 2001: 5).

Marruecos quería que el diálogo sobre la migración entre él y la UE incluyera medidas contra el racismo y la discriminación, ya que los marroquíes eran las principales víctimas de la violencia en España. Éstos ven la migración sobre todo como un fenómeno socioeconómico, no como asunto de seguridad, y los efectos económicos de la emigración marroquí fueron sustanciales. En el año 2000, Marruecos recibió 21,000 millones de dirhams en remesas de sus ciudadanos en el extranjero (cerca de 2,000 millones de dólares). Esta cantidad representó el equivalente a un tercio del valor total de las exportaciones marroquíes y el doble de la inversión extranjera directa percibida. Los ahorros bancarios de los marroquíes en el extranjero equivalían a más de 50,000 millones de dirhams (4,700 millones de dólares estadounidenses), alrededor del 40 por ciento de todos los ahorros en los bancos marroquíes (Belguendouz, 2001: 4).

Del mismo modo, las remesas de los migrantes tuvieron un efecto importante en las economías de Tunesia y Argelia, aunque muchos flujos de efectivo hacia Argelia pasan sin registro. Ya para 1985, las transferencias totales consecuencia de la emigración norafricana hacia Europa se situaron entre 4,000 y 5,000 millones de dólares (Simon, 1990: 29).

La situación de Turquía se parecía y a la vez tenía diferencias, con los casos de la zona del Magreb. Como Marruecos, poseía una gran población expatriada en Estados Unidos. Quizás había recibido hasta unos cuatro millones de refugiados y migrantes que huían de la inestabilidad política y las tensiones eco-

nómicas en su región. En 1995, Turquía se graduó con el estatus de asociado de la UE al firmar un tratado que originaba una fusión aduanal con los 15 estados miembros. Sin embargo, Turquía continuó buscando obtener la membresía plena en la UE. De todos los estados candidatos, sus prospectos parecían los más débiles, lo cual sugería que la relación entre la migración laboral y la integración regional era más compleja de lo que solía asumirse. En su caso, la extensa migración laboral se puede haber convertido en un impedimento para su entrada en la UE. En los años noventa, la política de asilo de Turquía fue criticada duramente por los europeos antes de que se dieran las reformas para alinear sus políticas con las de la UE.

Una diferencia clave entre los estados norafricanos y Turquía surgió de la herencia otomana de ésta. Tradicionalmente, la política de inmigración de la república turca tenía cierta semejanza con la ley de retorno de Israel, o con la política alemana hacia las personas de origen étnico alemán en Europa del este. A medida que se expandió el imperio otomán, el gobierno ordenó a los súbditos musulmanes que se establecieran en áreas adquiridas recientemente, un proceso denominado *sürgün* (Tekeli, 1994: 204-206). Cuando el imperio se contrajo, estos colonizadores y sus descendientes se convirtieron a menudo en víctimas. Entre 1821, el inicio de la guerra griega de independencia, y 1922, que surgió la República Turca, se calcula que unos cinco millones de musulmanes otomanos fueron asesinados y más de cinco millones sacados de sus hogares, sobre todo de la península de Anatolia (McCarthy, 1995). De ahí en adelante, la población de la República Turca ha tenido siempre grandes cantidades de expulsados junto con sus descendientes. En 1934 se promulgó una Ley de Reasentamiento que autorizaba a las personas de origen étnico turco, provenientes de áreas que antes fueron del imperio otomano, a emigrar y establecerse en la República Turca (Tekeli, 1994: 217).

Apenas en los recientes años ochenta, 300,000 personas de origen étnico turco provenientes de Bulgaria, huyeron hacia Turquía para evitar la persecución. Muchos de ellos regresaron más tarde a Bulgaria. Algunos musulmanes desplazados por los conflictos en los Balcanes occidentales en los años noventa también encontraron refugio en Turquía. Para el año 2000, ésta había reformado su ley de inmigración para extender el asilo más allá de la preferencia tradicional que se concedía a las personas de origen étnico turco en el extranjero.

Este cambio legal reflejaba la nueva dinámica regional de la migración, que convirtió a Turquía en una tierra de inmigración al igual que en un importante espacio de tránsito migratorio hacia Europa. En las décadas de los ochenta y noventa, recibió varios millones de iraníes afganos e iraquíes que no estaban reconocidos formalmente como refugiados, pero cuya residencia se toleraba

por el gobierno turco. La solicitud de Turquía para obtener membresía plena en la UE necesitaría que se reformaran aún más las políticas turcas de inmigración y refugiados, acabando quizá con la política informal de tolerancia. Ese cambio tendría implicaciones de gran alcance para toda la región. La legislación propuesta se dirigía a evitar la migración ilegal a través de medidas como la puesta en práctica de sanciones a los patrones (OCDE, 2001: 254).

La inestable situación de Iraq era de especial preocupación para las autoridades turcas. Las implicaciones de la situación kurda para la migración internacional se consideran en el recuadro 8.

La interdependencia de migración internacional lograda durante décadas entre los estados del litoral mediterráneo y Europa occidental significaba que se había forjado un futuro común. Aunque es factible que persistiera un alto nivel de tensiones transmediterráneas respecto a este tema. Sólo el tiempo dirá si las tensiones, que se encuentran en la línea frontal de la división global entre el norte y el sur, se atenuarán por medio de un gobierno habilidoso o se exacerbarán por su ausencia. La conducción de la guerra contra el terrorismo parecía destinada a afectar en gran parte las implicaciones geoestratégicas de los movimientos poblacionales entre las dos zonas.

### **Migración árabe a los estados ricos en petróleo**

Los movimientos, de trabajadores varones básicamente, desde los estados árabes más pobres a los más ricos, han tenido un enorme significado político en esta volátil región. En los años setenta y ochenta, Libia admitió grandes cantidades de egipcios y tunesinos. Pero cuando las relaciones entre Egipto y Libia se tornaron agrías a raíz de que el Presidente egipcio Anwar al-Sadat reorientó su política exterior hacia occidente, se expulsó a miles de migrantes egipcios. El gobierno egipcio recibió 18,000 quejas de ex migrantes después de una crisis en 1985 y estuvo de acuerdo en compensar a 6,000 por las pérdidas financieras sufridas (Farrag, 1999: 74). Suerte parecida corrieron los trabajadores tunesinos durante un periodo de tensiones, exacerbado por un saqueo de insurgentes tunesinos armados que provenían de Libia, el cual fue aplastado por el gobierno tunesino con ayuda militar francesa. Después de que Yasser Arafat firmó los acuerdos de Oslo en 1993, miles de palestinos recibieron la orden de irse. Muchos se quedaron estancados durante meses en la frontera entre Egipto y Libia, cuando Israel se rehusó a aceptar su "repatriación" al área controlada por la autoridad palestina.

Desde 1989, los ciudadanos de los otros cuatro estados del Magreb (Marruecos, Tunesia, Mauritania y Argelia) teóricamente han sido capaces de entrar libremente a Libia bajo los términos del Tratado de Marrakesh que creó la

Unión del Magreb Árabe. Pero el marco de la integración regional ha tenido poco efecto (Safir, 1999: 89). Libia gozaba del ingreso per cápita más alto en África, calculado en 5,410 dólares estadounidenses en 1990 (Farrag, 1999: 81). La migración a Libia de africanos subsaharianos se tornó sobresaliente en los años noventa, al crecer la influencia de Libia en la política y la diplomacia africanas; en contrapunto con sus pobres relaciones con Estados Unidos y el Reino Unido. El gobierno libio toleró en gran parte el flujo de ingreso de los africanos subsaharianos, pues había puesto en marcha un proyecto para verdecir el desierto. El proyecto generaba una demanda de mano de obra en condiciones muy difíciles (Bensaâd, 2002: 15). Al mismo tiempo, los trabajadores migrantes árabes, en especial de Sudán y Egipto, se había convertido en la base de apoyo para la oposición islámica radical a Kadafi (Silvestri, 1999: 167).

Esporádicamente, como había sido antes para los egipcios y tunesinos, surgía la violencia. Cientos de africanos fueron asesinados en una masacre en el año 2000 (Bensaâd, 2002: 19). Un éxodo masivo de africanos siguió a las muertes; algunos de ellos retornaron más tarde a Libia. Las autoridades libias retuvieron en el sur a miles de migrantes africanos en campos de detención, donde ejecutaron algunos migrantes por rebelión o por intentar huir (Bensaâd, 2002: 19). No obstante, el flujo de ingreso continuó a medida que los africanos, desesperados, se arriesgaban a todo con la esperanza de encontrar un trabajo en Libia, o de continuar desde ahí a Europa.

Libia ofrece un ejemplo extremo de la interconexión entre la migración internacional y los temas de la política exterior. Las expulsiones masivas dan testimonio también de la falta de respeto de las autoridades libias ante los parámetros de la Liga Árabe y del ILO. Como señala el académico marroquí Abdullah Boudahrain, la falta de respeto por los derechos de los migrantes es común en el mundo árabe, a pesar de la existencia de tratados diseñados para asegurar su protección (Boudahrain, 1985: 103-64).

En Iraq, el partido gobernante Ba'ath considera la libertad de ingreso, residencia y empleo para los árabes no iraquíes como consistentes con el ideal panárabe de unidad y nación, conceptos adoptados también por el gobierno libio. En 1975, Iraq firmó un acuerdo con Egipto para estimular el establecimiento de granjeros egipcios en Iraq. Pero Iraq rescindió unilateralmente el acuerdo en 1977 después de la histórica visita del presidente Sadat a Israel (El Sohl, 1994: 123). No obstante, permitió que varios millones de egipcios, en su mayoría sin capacitación, obtuvieran empleos y lograran la residencia en los años ochenta. El secretario de Estado para los egipcios en el extranjero calculaba que había 1'2500,000 egipcios trabajando en Iraq en 1983 (Roussillon, 1985: 642). El gobierno iraquí se tornó cada vez más crítico respecto a la proporción creciente de trabajadores no árabes empleados en los estados vecinos, lo que consideraba

una amenaza para el carácter árabe del golfo Pérsico (Roussillon, 1985: 650-655). Para finales de los años setenta, la cantidad de migrantes asiáticos en Iraq descendía a favor de los migrantes árabes, mientras que se daba la tendencia opuesta en los estados del sur ricos en petróleo. La apertura de Iraq a migrantes de otros estados árabes, ayuda a explicar la simpatía que se dejó sentir por Iraq durante la crisis del golfo, prácticamente en todo el mundo árabe. La importancia de la migración de árabes hacia Iraq se incrementó durante la larga y terrible guerra entre Iraq e Irán. A finales de los años ochenta, los reportes de tensiones entre migrantes egipcios y poblaciones aborígenes se hicieron frecuentes. Además, se intensificó la retórica de Ba'ath contra los migrantes no árabes.

En el recuadro 7 se examinan las consecuencias de la guerra del golfo Pérsico de 1990-1991. Iraq se transformó en un país significativo de inmigración en una zona de emigración cuando huyeron millones de migrantes y de ciudadanos iraquíes.

La migración árabe a los estados ricos en petróleo de la península arábiga fue incluso mayor. Algunas áreas, como Kuwait, habían tenido ya políticas de inmigración laboral bajo el gobierno británico, al reclutar trabajadores de las posesiones británicas en el sur de Asia, en particular en las actuales India y Pakistán. También inició una migración significativa del este de Asia rumbo al golfo Pérsico desde mucho antes de 1975 (Seccombe y Lawless, 1986: 548-574). Aquellas áreas bajo el dominio estadounidense, en particular Arabia Saudita, desarrollaron políticas laborales muy diferentes para los extranjeros. En los cincuenta y sesenta, los refugiados occidentales y palestinos a menudo aportaban la mano de obra calificada que requería la producción petrolera. Con las guerras árabe-israelíes de 1967 y 1973, la migración laboral se disparó, a medida que el aumento en el precio del petróleo contribuyó a financiar ambiciosos proyectos de desarrollo. Entre 1970 y 1980 los ingresos por petróleo en los estados árabes pertenecientes a la OPEP (estados del golfo Pérsico, con Iraq y Libia) se incrementaron de 5,000 millones a 200,000 millones de dólares. Los ingresos sauditas por sí solos se incrementaron de 1,000 a 100,000 millones de dólares (Fergany, 1985: 587).

Desde mediados de los años sesenta a mediados de los setenta, la mayor parte de migrantes internacionales a los estados del golfo eran árabes, sobre todo egipcios, yemenitas, palestinos, jordanos, libaneses y sudaneses. Sin embargo, durante los setenta las monarquías del golfo Pérsico empezaron a preocuparse cada vez más sobre las posibles repercusiones políticas. Los palestinos en particular eran vistos como políticamente subversivos. Estaban involucrados en los esfuerzos por organizar huelgas en los campos petroleros sauditas y en los movimientos civiles en Jordania y Líbano. Los yemenitas estaban involucrados en diversas actividades contra el régimen (Halliday, 1985: 674). Los árabes en el extranjero estuvieron involucrados en el ataque sangriento de 1979 a La Meca,

### RECUADRO 7 LA GUERRA DEL GOLFO PÉRSICO

Después del aumento del precio del petróleo en 1973, los ricos países petroleros del golfo Pérsico reclutaron trabajadores extranjeros en forma masiva, provenientes de países árabes y asiáticos para la construcción e industrialización. Al principio, la mayoría eran varones; más tarde se reclutaron muchas trabajadoras domésticas de Filipinas y Sri Lanka. Los resentimientos por el estatus concedido a las diversas categorías de extranjeros en Kuwait se convirtió en un factor importante en las tensiones entre Iraq y Kuwait. A principios de la crisis del golfo, en 1990, había 1.1 millones de extranjeros en Iraq, de los cuales 900,000 eran egipcios y 100,000 sudaneses, Kuwait tenía 1.5 millones de extranjeros: dos tercios de la población total. Los principales países de origen eran Jordania/Palestina (510,000 personas), Egipto (215,000), la India (172,000), Sri Lanka (100,000), Paquistán (90,000) y Bangladesh (75,000).

La ocupación iraquí de Kuwait y la guerra subsecuente llevaron a deportaciones masivas de trabajadores extranjeros. La mayoría de los egipcios se fueron de Iraq, cientos de miles de palestinos y otros migrantes huyeron de Kuwait y quizá un millón de yemenitas fueron obligados a salir de Arabia Saudita, cuando su gobierno se puso del lado de Iraq. Se calcula que unos 5 millones fueron desplazados, lo que trajo como resultado enormes pérdidas en remesas e ingresos para los estados del sureste asiático y el norte de África.

La guerra del golfo Pérsico mostró, como quizá nunca antes, el carácter central de la migración en las relaciones internacionales contemporáneas. Los migrantes fueron vistos como potencialmente subversivos –una quinta columna– por los principales protagonistas árabes, y se convirtieron en chivo expiatorio de las tensiones nacionales e internacionales. Cientos de migrantes fueron asesinados en las explosiones de violencia. Las realineaciones políticas ocasionadas por el conflicto tuvieron repercusiones importantes en la sociedad y en la política en la región árabe e incluso más allá de ella.

que se reprimió sólo después de la intervención de las tropas francesas. Una consecuencia fue el aumento en el reclutamiento de trabajadores del sur y sudeste asiáticos, quienes eran vistos como menos inclinados a involucrarse en política y más controlables (véase capítulo 6).

Para mediados de los años ochenta el precio del petróleo se había desplomado y muchos observadores, como la Agencia Central de Inteligencia (ACI), concluyeron que la época de la migración masiva a la península arábiga había llegado a su fin (Miller, 1985). Cientos de miles de trabajadores árabes y del sur y este asiáticos perdieron sus empleos y regresaron a casa. Pero la conclusión de que la migración laboral masiva a los países petroleros había terminado fue prematura. La mano de obra migrante se había convertido en un componente

irremplazable de la fuerza de trabajo (Birks *et al.*, 1986: 799-814). A pesar de los esfuerzos gubernamentales por reducir la dependencia respecto de la mano de obra extranjera, incluyendo las exclusiones masivas de los extranjeros ilegales, los forasteros continuaban conformando el grueso de la fuerza de trabajo de Kuwait cuando se dio la invasión iraquí.

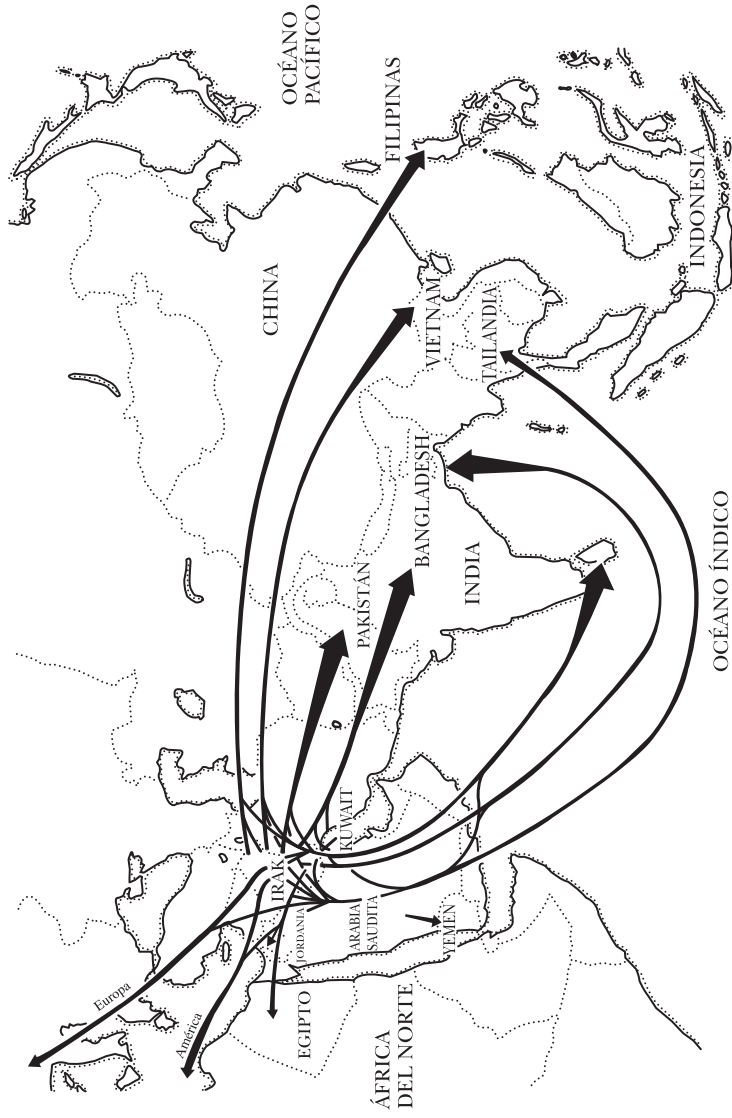
Después de la guerra de 1991 el gobierno de Kuwait anunció los planes que tenía para reducir su dependencia respecto de la mano de obra extranjera, aunque no podría reconstruirse sin recurrir a la mano de obra migrante de forma masiva. En Arabia Saudita los egipcios empezaron a ubicarse entre las poblaciones políticamente sospechosas, como los yemenitas y palestinos expulsados durante la crisis (J. Miller, 1991). Se dio una proporción creciente de trabajadores del sur y este de Asia en las fuerzas de trabajo migrantes de los estados petroleros del golfo Pérsico. A pesar de la victoria militar sobre Iraq, las monarquías del golfo habían erosionado aún más su legitimidad en la mayor parte del mundo árabe. Esto hizo que su aliado principal, Egipto, se volviera cada vez menos atractivo como fuente de mano de obra migrante.

Para el año 2002 se profundizó el sentimiento de la amenaza de crisis. Los cálculos más autorizados sostenían que la población no nacional conformaba cerca de un tercio del total de los estados que pertenecían al Consejo de Cooperación del Golfo (Arabia Saudita, Kuwait, Omán, Katar, Bahrein y los Emiratos Árabes Unidos) en 1995. Pero los extranjeros excedían con mucho a los nacionales en la fuerza de trabajo, pues eran 5'232,000 frente a 2'378,000 (Evans y Papps, 1999: 208). Las poblaciones nacionales crecían rápidamente mientras que los ingresos del gobierno disminuían y aumentaba el déficit. El desempleo de los jóvenes nacionales se incrementó, a medida que los gobiernos se veían presionados para crear puestos adicionales en el sector público, los medios tradicionales de asegurarle lealtad al Estado. Los esquemas de educación y entrenamiento tendían a exacerbar las barreras hacia el empleo para los jóvenes nacionales, lo que a su vez se relacionaba con la dependencia a largo plazo de la mano de obra extranjera, con efectos distorsionadores acumulativos en los mercados de trabajo. Tal situación cuestionó la sensatez de basarse en la mano de obra extranjera barata para las estrategias de desarrollo de los estados de la GCC (Evans y Papps, 1999: 227-233).

Con una población de 70 millones, Egipto es con mucho el país árabe más populoso y se ha visto afectado más que nadie por la migración laboral intrarregional. La evolución de la migración laboral egipcia correlaciona no sólo con las altas y bajas de los ingresos petroleros en los estados vecinos, sino también, con los cambios en las políticas egipcias nacionales y exteriores. Las remesas de salarios de los egipcios que trabajan en el extranjero se volvieron una preocupación económica crucial, dado que pueblos y regiones enteros dependían de ellas para el consumo y la inversión (Fadil, 1985).

MAPA 5  
MIGRACIÓN DE RETORNO PROVENIENTE DEL GOLFO PÉRSICO  
DURANTE LA CRISIS DE KUWAIT DE 1990-1991

Nota: las dimensiones de las flechas dan sólo aproximaciones del tamaño del movimiento



La emigración afectó en gran medida la vida misma de los campesinos, artesanos y profesionistas altamente calificados que eran atraídos con salarios que eran muchas veces más altos de lo que podían esperar en su tierra natal (Singaby, 1985: 523-532). La emigración de mano de obra sin duda aliviaba el desempleo crónico y el subempleo, pero también quitaba a Egipto muchos de sus trabajadores calificados, de los que tanto necesitaba, y desintegraba, para bien o para mal, las estructuras tradicionales de los pueblos y las familias. Entre los muchos efectos significativos de la migración masiva se encontraban la creciente dependencia egipcia de los desarrollos políticos y económicos de la región: hubo oleadas de retorno de migrantes libios en el clímax de las diferencias egipcias con el coronel Kadafi, durante la caída de precios del petróleo a mediados de los ochenta y durante la crisis del golfo Pérsico.

Para el año 2002 Egipto necesitaba crear 500,000 empleos por año para dar trabajo a las generaciones que entraban al mercado de trabajo. No podía hacerlo, y por lo tanto firmó 11 acuerdos bilaterales con los estados vecinos entre 1974 y 1993, para facilitar la emigración de los egipcios. A mediados de los años noventa, las estadísticas egipcias indicaban que cerca del 70 por ciento de los migrantes iban a Arabia Saudita (Farrag, 1999: 56-57).

### **Migración árabe hacia países no productores de petróleo**

La migración árabe a los estados no petroleros dentro de la región árabe es cuantitativa y geopolíticamente menos significativa que la migración a los estados petroleros, no obstante es de importancia. Para mediados de los setenta, quizá el 40 por ciento de la mano de obra nacional estaba empleada en el extranjero, primordialmente en el golfo Pérsico (Seccombe, 1986: 378). Este flujo de salida estimuló la migración de reemplazo: la llegada de trabajadores extranjeros que sustituyeron en Jordán a los residentes jordanos y palestinos que emigraron al extranjero. Sin embargo, mucha de la mano de obra jordana que se trasladó al extranjero era calificada. Buena parte de la fuerza de trabajo que recibe Jordania también es calificada, pero también hay un gran flujo de llegada de egipcios y sirios sin capacitación. Se piensa que en los años ochenta este flujo de llegada contribuyó al creciente desempleo entre los ciudadanos jordanos y los extranjeros residentes. Los salarios en las industrias, afectados fuertemente por los trabajadores extranjeros, también descienden (Seccombe, 1986: 384-385). La expulsión masiva de palestinos por Kuwait en 1991 afectó en gran parte a Jordania, la que recibió la mayor parte de este flujo (Shami, 1999: 151, 179-195). En los años noventa entre 50,000 y 200,000 iraquíes residían en Jordania, muchos de los cuales eran indocumentados. Casi 7,000 solicitaron asilo en el año 2000 (USCR, 2001: 185).

Otro patrón importante de migración de mano de obra incluía a los árabes palestinos residentes en los territorios ocupados por Israel en la guerra de 1967. El mercado de trabajo israelí se abrió a los trabajadores de Gaza y el banco occidental. Esto era parte de una estrategia israelí dirigida a integrar los territorios ocupados en la economía de Israel (Aronson, 1990). La mayoría de los trabajadores tenían que trasladarse diariamente para trabajar en Israel y se les exigía que se retirarán por la tarde. Los palestinos encontraron empleo sobre todo en la construcción, la agricultura, los hoteles, restaurantes y en los servicios domésticos (Semyonov y Lewin-Epstein, 1987). La contratación ilegal de palestinos de los territorios estaba muy difundida (Binur, 1990). En 1984, en Israel se emplearon unos 87,000 trabajadores de los territorios ocupados, cerca del 36 por ciento de la fuerza de trabajo total de estos territorios.

Para 1991 la inmigración soviética judía afectó las oportunidades de empleo para los árabes. El gobierno israelí prefería ver judíos soviéticos empleados en la construcción o la agricultura en vez de palestinos, aunque sus esfuerzos por emplear a los primeros tenían escaso o ningún éxito. Los inmigrantes judíos soviéticos deseaban trabajos diferentes, o bien, la paga y las condiciones de trabajo no resultaban satisfactorias (Bartram, 1999: 157-161). Era difícil medir el desplazamiento de los palestinos debido a que operaban otros factores. La guerra del golfo Pérsico aumentó las animosidades y se dio una oleada de ataques por parte de los árabes de los territorios ocupados hacia los judíos en Israel. Las autoridades israelíes aprobaron nuevas regulaciones restrictivas y procedimientos de admisión con el propósito de debilitar la *Intifada*, al igual que para garantizar una mayor seguridad. Una combinación de todos estos elementos tuvo como consecuencia un agudo descenso en el empleo de los trabajadores palestinos después de 1991. Cada vez más se reclutaron los trabajadores provenientes de Rumania, Filipinas y Tailandia, para reemplazar a la mano de obra árabe palestina que provenía del banco occidental y Gaza. Al mismo tiempo el cierre de los mercados de trabajo de los estados del golfo para los palestinos, quienes sirvieron durante mucho tiempo como válvula de seguridad para la población de los territorios ocupados, empeoró sus condiciones económicas. Esta tensión amenazó el liderazgo de la autoridad palestina y todo el proceso de paz en la región.

En los años noventa Israel recibió de la antigua Unión Soviética unos 800,000 nuevos inmigrantes. En su conjunto la población de Israel creció de 800,000 en 1947 a seis millones en 1998: la inmigración neta conformaba el 40 por ciento del crecimiento total de la población (Kop y Litan, 2002: 23-25). Mientras tanto su población de trabajadores extranjeros creció a 250,000 (Kop y Litan, 2002: 107). Los cálculos sobre el número de trabajadores extranjeros en Israel se hicieron nebulosos cuando el ministro del interior concluyó, en

1996, que cerca de 100,000 personas habían permanecido en la década anterior más allá del vencimiento de sus visas. Otros cálculos situaban el total de trabajadores extranjeros ilegales en 250,000 sin ninguna base factual (Bartram, 1999:164-165). En el año 2002 el gobierno israelí se declaró en guerra contra el empleo ilegal de extranjeros, pero las medidas, como sanciones a los patrones y la deportación, parecían tener pocos efectos disuasivos, en parte a causa de las multas pequeñas. Era probable que algunos trabajadores “temporales” se convirtieran en parte permanente del complejo tejido de la sociedad israelí (Bartram, 1999: 167). El agudo contraste entre la generosidad gubernamental que se concedía a los inmigrantes judíos y la suerte de los trabajadores extranjeros en Israel, desencadenó peticiones de investigación en las políticas y la exigencia de terminar con el reclutamiento de trabajadores extranjeros (Kop y Litan, 2002: 108).

#### Refugiados y personas desplazadas al interior en la región árabe

En el año 2002, había unos 3.8 millones de refugiados palestinos esparcidos en el mundo y la región. Los acuerdos de paz palestinos-israelíes habían logrado poco para cambiar su suerte, aunque miles de funcionarios de la Organización para la Liberación de Palestina y personal militar o de la policía se habían autorizado para volver al área de la autoridad palestina, que consistía en parte de la franja de Gaza, Jericó, Herbón y otras áreas urbanas del banco occidental. Las negociaciones con respecto a los refugiados, la repatriación, la compensación, las reparaciones y el acceso al territorio de la autoridad palestina se veían como los aspectos más difíciles del proceso de paz. Las perspectivas y posiciones israelíes y palestinas diferían enormemente, empezando por la enumeración de los refugiados. Con la población palestina del banco occidental y Gaza en condiciones económicas precarias, además de altas tasas de desempleo complicadas por el tamaño de las nuevas generaciones que llegaban a la edad de trabajar, los prospectos lucían difíciles para la repatriación masiva de los refugiados palestinos desde Líbano o Siria. La mujer promedio en Gaza tenía 10 hijos, una de las tasas de fecundidad más altas del mundo. Había otras poblaciones significativas de refugiados y personas desplazadas internamente en la región que afectaban en gran medida de forma similar las políticas regionales (véanse recuadros 7 y 8).

Irán se convirtió en el asilo más importante en el mundo para los refugiados a principios de los años noventa. Tuvo éxito en la repatriación de grandes cantidades de repatriados afganos y anunció que éstos debían irse en 1997 (USCR, 1996: 111). Sin embargo, en el año 2002 permanecía medio millón, can-

RECUADRO 8  
REFUGIADOS KURDOS EN LOS CONFLICTOS REGIONALES  
DEL MEDIO ORIENTE

Los kurdos constituyen una considerable minoría étnica en el medio oriente, alcanzando entre 20 y 25 millones. Cerca de la mitad reside en Turquía donde conforman más o menos un cuarto de la población total. Son cerca de un cuarto de la de Iraq, casi el 12 por ciento de la de Irán y el 10 por ciento de la de Siria (Gurr y Harf, 1994: 30-32). Las esperanzas kurdas de un Estado independiente fueron estimuladas al inicio de la Primera Guerra Mundial. Desde entonces sus aspiraciones por alcanzar la independencia o autonomía desataron el conflicto.

La política kurda iraquí ha estado dominada durante muchos años por la familia Barzani y el Partido Democrático Kurdo (PDK). En 1976 el PDK se dividió y surgió un partido rival, la Unión Patriótica del Kurdistan (UPK), encabezada por Jalal Talaban. En 1975 el shah de Irán, quien junto con Israel aprobó la insurgencia kurda en Irán, hizo un trato con el gobierno iraquí, a cambio de que Iraq renunciara a su demanda de la vía fluvial de Shatt-al-Arab, Irán cerraría su frontera y no ayudaría más a los insurgentes kurdos iraquíes. Mustafá Barzani, el legendario líder del PDK, dejó de pelear y muchos de sus seguidores escaparon a Irán. Talaban y el UPK rechazaron la decisión de Barzani y siguió la lucha entre la UPK y la PDK.

Para 1987, las fuerzas de la UPK controlaban buena parte del área kurda de Iraq. Sin embargo, el ejército iraquí utilizó gas venenoso y bombardeó indiscriminadamente centros civiles para reafirmar su dominio. Decenas de miles de kurdos murieron y millones huyeron a Turquía e Irán. El flujo de refugiados kurdos resultó muy caro para el gobierno turco, que recibió poca ayuda externa para lidiar con los refugiados. Mientras tanto, crecía la insurgencia kurda en Turquía. Estaba encabezada por el Partido Kurdo de los Trabajadores (PKT), grupo marxista-leninista con importantes bases de apoyo en Siria, Líbano y Europa entre las poblaciones de trabajadores huéspedes turcos.

En la década de los noventa, millones de kurdos se desplazaron internamente por los conflictos en Turquía e Iraq. Millones más encontraron refugio en las regiones predominantemente kurdas de los estados vecinos. En 1991, tras la guerra del golfo Pérsico los rebeldes kurdos fueron aplastados por las tropas iraquíes. Millones huyeron hacia Turquía e Irán para evitar la venganza. Con la intención de evitar otro flujo masivo, Turquía cooperó en una operación autorizada por la ONU para crear un área protegida en el norte de Iraq. La mayoría de los kurdos regresó a casa y se proclamó un "Estado federado" autónomo. En 1993 se eligió un parlamento e instaló una administración autónoma. Sin embargo, las hostilidades en el PDK y la UPK empezaron de nuevo. La situación se complicó aún más por la entrada de las guerrillas del PKT. Cada vez más las fuerzas turcas lanzaron ataques hacia el norte de Iraq para destruir las bases del PKT; el gobierno turco declaró su intención de establecer una zona de seguridad junto a su frontera con Iraq.

Los riesgos que implicaban las rebeliones kurdas y la supresión de la política regional se incrementaban en forma constante. Estados Unidos generó una política doble de contención contra Iraq e Irán. Israel y Turquía empezaron a

RECUADRO 8 (*continuación*)

cooperar extensamente en los asuntos de seguridad nacional. Siria apoyó al PKT y le permitió utilizar campamentos de entrenamiento en el valle de Bekaa en Líbano. El líder del PKT etiquetó a Estados Unidos, Israel y Alemania como enemigos de los kurdos y posibles blancos sus guerrillas (las actividades de éste se analizan en el capítulo 10). Para 1997, Siria, Irán e Iraq intentaban mejorar sus relaciones para contrarrestar el eje Israel-Turquía apoyado por Estados Unidos.

Turquía finalmente tuvo éxito en capturar al líder del PKT, y la insurgencia kurda en el sudeste. Pero barcos llenos de kurdos llegaron a Francia, Australia, Grecia e Italia. Alarmada, la UE desarrolló un plan para estabilizar el área kurda, pero éste chocó con la extensión de la guerra contra el terrorismo hacia el Eje del Mal (Iraq, Irán y Corea del Norte), según declaró el presidente Bush en su mensaje de Estado de la Unión de enero 2002. Los planes estadounidenses de invadir Iraq corrían el riesgo de poner en movimiento mayores desplazamientos masivos de los kurdos y sus vecinos. La preocupación sobre los movimientos potenciales de población tenían un lugar importante en las objeciones europeas a las intimidaciones estadounidenses.

El desplazamiento, la expulsión, la huida, el estatus de refugiado o de no ciudadano han constituido la suerte de millones de kurdos en décadas recientes. Su condición dispersa y transnacional es con más frecuencia característica de la política en el mundo. Los estados promueven su política exterior y sus metas de seguridad nacional movilizando, entrenando y apoyando las poblaciones de refugiados kurdos. Atacan bases y refugios usados por los oponentes armados aun cuando, al hacerlo, violen la soberanía territorial de otro Estado. Quizá más importante aún, los movimientos de refugiados kurdos llevaron a una operación militar multinacional dirigida a evitar los flujos masivos de salida. La intervención humanitaria autorizada por la ONU en el norte de Iraq en 1991, se requirió por la negación de Turquía a convertirse en refugio para los kurdos iraquíes, como en 1987. El cuidado de éstos costaba demasiado y había complicado la política nacional turca, así como sus relaciones regionales. En 1991 Turquía sintió que estaban en riesgo los intereses vitales de la seguridad nacional. En todo el medio Oriente los estados empezaban a tener conclusiones similares.

tividad que se incrementó durante la invasión a Afganistán, en el año 2001, encabezada por Estados Unidos (USCR, 2001: 174). Mientras tanto, cientos de miles de ciudadanos iraníes habían huido de Irán hacia Turquía, Iraq y el occidente. Los disidentes iraníes ocasionalmente acometían blancos en Irán desde sus bases en Iraq y esto trajo consigo ataques punitivos. El gobierno iraní arremetió en el extranjero contra sus oponentes políticos. Los asesinatos de los líderes iraníes de la oposición en Europa occidental dañaron severamente las relaciones de Irán con Alemania y Francia. Irán recibió también a muchos azeris que huían de las fuerzas armenias en Azerbaiyán. Para controlar la oleada Irán